

Capítulo 4

La investigación histórica como herramienta para orientar procesos educativos

María Mercedes Molina Hurtado

Universidad de Caldas

maria.molina12@hotmail.com

No tenemos propiedad sobre el conocimiento, somos apenas un aparato de conducción del conocimiento, somos guías, pero no inventores de la realidad.

Rodolfo Llinás

Esta es una invitación a deliberar alrededor del aporte que la investigación histórica le hace a la enseñanza de la ciencia en la universidad y, más específicamente, de la investigación como elemento de apoyo en el desarrollo de nuestra labor docente.

La enseñanza universitaria lleva implícita una serie de funciones donde la más conocida es, seguramente, la formación de profesionales capacitados. La investigación básica y aplicada es otra, tan importante como la primera. La comunicación de conocimientos y resultados de las investigaciones, o sea, la divulgación o difusión al público en general, es una más, tan urgente como las anteriores. Su utilización por estudiosos, miembros o no de la academia, es tangencialmente solicitada.

Desde sus inicios en el Medioevo, pero más aún en el complejo mundo en el cual vivimos, la función universitaria incluye la integración cultural como característica primaria con la que se completan las demás y, como resultado, su producto no es necesariamente el profesional por sí mismo, sino la persona integral, definida por su capacidad de abordar problemas desde una diversidad de aspectos y puntos de vista, porque en su formación y trabajo ha incluido distintos campos del conocimiento. Es quizá, con esto, con lo cual la universidad cubre la función de atender la necesidad más importante de la sociedad.

Y ello no solo supone la docencia, la investigación, la divulgación y la apropiación de un espacio, sino la integración armónica de campos y observaciones de muy variadas disciplinas, en universos que encaucen a nuestros profesionales e investigadores en el ejercicio de su actividad, con discernimiento de las aportaciones del otro; a la invención o el descubrimiento que se enriquece con los medios que lo validan o lo contradicen, y a divulgar no solamente conocimientos sino conjuntos estructurados de ellos, para que sus receptores puedan seleccionar lo que saben, en la compleja red que les permite encontrarse en un mundo complicado y no sencillo, múltiple y no binario.

No cabe duda que si las ciencias pueden tener el secreto del mundo, las humanidades tienen la clave del hombre mismo. Y, lo que es más importante, que ambas saben que son solo partes de un todo, en que la ciencia es humanista y las humanidades son ciencias. Que nuestro producto, el del profesional o el del investigador, únicamente se siente completo cuando puede totalizar, en su disciplina y en su vida cotidiana, el conocimiento científico y el humanista. Los científicos sociales son quienes observan, por medio de la investigación, el fenómeno de la humanidad y su cultura. Lo que informan o enseñan son experiencias, descubrimientos y formación profesional; pero más aún, es cultura y es integración.

Sin embargo, nuestras conferencias se dan y se olvidan. En algunos casos se graban, y aun así se olvidan; somos conscientes de que nuestra actividad puede hacer más por la cultura de la sociedad, pero los temas tratados, las motivaciones y las investigaciones que los disertadores nos impulsan a realizar, deben formalizarse. Su publicación o difusión será el cumplimiento de ese objetivo.

Nuestras actividades pueden multiplicar su efecto, si además de lo que hacemos cada uno de nosotros, se fomentan eventos de carácter multidisciplinario,

que presenten los enfoques o los resultados de varias investigaciones en el aula. Por ejemplo, se hace historia con los abuelos, con los vecinos, con los descendientes de veteranos de guerra, si es que estos ya no viven; y no solamente con estudiantes, docentes y administrativos. No hablo de problemas de hoy y de aquí, sino de problemas de todo tiempo y de todo lugar, en cada escuela o colegio, cada instituto o universidad. En cualquier espacio donde estén prestando sus servicios, encontrarán elementos para iniciar una pesquisa o para continuar el estudio de lo que un día se plantearon para recibir un título o un grado.

La investigación es permanente, recordemos esto siempre; no es para un día, una situación, un momento histórico. La investigación no debe ser coyuntural, es permanente.

Igualmente, si decidimos que nuestro primer trabajo fue solo un intento, una inquietud transitoria, valdría la pena interrogarnos, ¿qué hacer con las preguntas sin respuesta que en clase nos hacen los estudiantes?, ¿qué con sus actitudes, sus vivencias, sus inocencias?, ¿cómo investigar sus llantos, sus «ausencias», sus reservas, sus travesuras, sus gestos, sus «sueños», sus murmullos, sus inquietudes y hasta sus mentiras?

La investigación es permanente, pues es la única manera de llegar a verdaderos resultados, no es ninguna actividad momentánea, no es para llenar un requisito. La verdadera indagación es inacabada, a no ser que lleguemos a un descubrimiento, formulemos una ley o presentemos una teoría científica, entonces les tocaría a otros rebatirnos e, incluso así, tendríamos que continuar con nuestro trabajo investigativo.

Muchos serían los métodos de investigación cualitativos, etnográficos e históricos, ente otros, que podríamos emplear para mejorar los procesos educativos aplicados a los estudiantes en el aula, a los docentes, a los administrativos, a colegas, a padres de familia, a jubilados, a guías espirituales, a tutores, médicos escolares, psicólogos, orientadores, etcétera.

Cito personas o sus actividades y no hechos, etapas o procedimientos, porque cada quien tiene su método, su camino a recorrer. En esta ocasión, el que les quiero sugerir está relacionado, precisamente, con aquellos actores históricos dispuestos a colaborar en nuestros interrogantes. Me refiero a la *historia oral* como una alternativa metodológica.

Para muchos es fácil aceptarla como una práctica simple, implícita en cualquier grabación, realizada sin importar el criterio adoptado para la selección de los entrevistados o colaboradores, del tipo de testimonios o de la técnica para conducir la sesión.

Se quiere descartar esta posibilidad y proponer otro nivel de análisis que garantice procedimientos discutibles dentro de los límites de una técnica. Por consiguiente, se hace imperioso establecer normas metodológicas que se alejen tanto de la espontaneidad, como de cualquier estímulo que no esté previamente determinado. Se confirma que la *historia oral* es algo más que unas simples entrevistas, y se plantea que la primera tarea, para quien actualmente quiera asumirla, sea precisar sus términos.

Tarea ciertamente difícil pues, incluso internacionalmente, hay varias corrientes que la definen de diversas maneras. Para Wright Mills, por ejemplo, es la «reconstrucción de procesos que pueden ayudar a la comprensión de movimientos sociales o de hechos sociales en general». Una nueva metodología de conocimiento de lo social que «se apoya en la experiencia de lo vivido, en la subjetividad como forma de conocimiento, tan válido epistemológicamente como los números, los modelos, las curvas o cualquier otro procedimiento de carácter estadístico».

Barbey d'Aurevilly (1799) muy claramente manifiesta que:

Así como se recogen algunas pulgadas de cenizas heroicas, yo había recogido todos los detalles de esta empresa sin igual entre las más maravillosas fanfarroneadas humanas. Las había encontrado allí donde, para mí, yace la verdadera historia, no la de los cartapacios o cancillerías, sino la historia oral, el discurso, la tradición viviente que entró por los ojos y los oídos de una generación, y que quedó tibia por el seno que la llevó y los labios que la contaron, en el corazón y la memoria de la generación siguiente.

En la actualidad, la *historia oral* toma su auge por la necesidad de ocupar grandes vacíos históricos de períodos, regiones, pueblos, culturas, hechos y sectores sociales sobre los cuales poco o nada se sabe.

El docente-investigador debe tomar conciencia de la existencia de un método más que, auxiliado de varias técnicas y con muchos instrumentos, le conducirá a

conocer lo cotidiano de la escuela, la vida extra clase y su influencia en el aula, la experiencia de los docentes, quiénes son y de dónde provienen sus estudiantes, el medio ambiente que les rodea, el porqué de sus frustraciones. En fin, muchas situaciones que, de una u otra manera, alteran o permiten el buen desempeño de los jóvenes en la época de estudio.

Fue Jules Michelet (1798-1874) quien se aventuró a hacer entrevistas, imponiendo, de nuevo, el debate sobre el uso de la documentación oral para la investigación histórica. Michelet supo captar el sentido de la historia, a la que dio una nueva significación como pasado colectivo en el cual el pueblo era el verdadero protagonista.

De 1920 a 1930, la polémica sobre el significado de la oralidad como fundamento válido continuó, aunque marginada por la supremacía de los documentos escritos, que pasaron –desde mediados del siglo XIX– a ser *divinizados* como solución para hacer la Historia.

La historia oral, actualmente, como técnica de captación de entrevistas directas, realizadas a través de grabadoras y de criterios profesionales, como procedimiento, tiene una doble emergencia: su relación con los métodos cuantitativos y con la transformación de su aplicación, más la necesidad de conocer nuestra propia realidad, nuestra posibilidad, los propios cambios y movimientos que ocurren en la sociedad y, con ello, de alguna manera, hacer el método más rico, más fecundo y más útil para los diferentes usos que queramos darle.

En una de sus modalidades, la memoria es la base para la tradición oral. Es válida como fundamento para las generaciones presentes que estudian algunas comunidades. Aunque memoria es uno de los términos más complejos de definir, es ella la que sirve de base para la Tradición Oral.

Vale la pena señalar que hay una diferencia básica entre Tradición Oral (que se aproxima y en ciertos casos se confunde con memoria colectiva) y memoria histórica (hecha con documentación escrita).

Conviene recordar que las matrices básicas del conocimiento humano se apoyan en las reminiscencias milenarias, en los patrones transmitidos por la racionalización de la relación con lo divino, lo sobrenatural o sobre aquello que fue consagrado por la repetición y que llega a convertirse en un mito o dogma aceptado socialmente.

Por su parte, la modalidad de *historia oral temática* es la que más prestigio tiene, debido a una mayor proximidad con las formas comunes de hacer investigación histórica y al uso del cuestionario como instrumento para conducir la entrevista.

Sometida a un tema, esta alternativa es, entre todas las soluciones de *historia oral*, la más objetiva y directa, y en este sentido, las relaciones entre las partes (colaborador y entrevistador) quedan neutralizadas por la forma impersonal de abordaje.

Es el caso típico del uso de la *historia oral* cuando faltan documentos para los registros analíticos. Como allí lo que se busca son datos para componer una explicación, el entrevistado o colaborador es un agente mucho más pasivo que el investigador o entrevistador.

Los cuestionarios deben ser elaborados relacionando el tema de la investigación con las características del grupo de entrevistados. Pero para todos debe mantenerse una pregunta de corte que dé unidad al proyecto.

A partir del *ix Congreso Mundial de Sociología* celebrado en Suecia en 1978, son consideradas, como punto de arranque, las Historias de Vida, que como metodología comienzan un período de renovado interés y de una amplitud de uso muy interesante como reflexión teórica y práctica metodológica.

De las formas de *historia oral*, la *historia oral de vida* es la más discutible y fascinante. Difiere de las otras soluciones (temática y tradición oral), por ser la manera más personal y particular de registrar experiencias tanto individuales como colectivas.

Sin creer que algunos grupos sociales son más importantes que otros, la *historia oral de vida*, considera a todos como personas significativas, actores históricos, valorizando y dirigiendo la atención a los sujetos indiscriminados; acepta, en principio, que la historia abarca a todos y que las experiencias individuales son, por ello, históricas.

Difiere de las otras soluciones por ser la manera más personal y particular de registrar experiencias. Aunque en apariencia se muestre fácil, es muy difícil y raramente se encuentra alternativa que exija tanto rigor.

En la circunstancia de una entrevista con una sola persona, lo que interesa es determinar el número de encuentros suficientes para establecer una narración. Pero cuando se piensa en un proyecto amplio, hecho con un grupo más conside-

rable, conviene, para tener un buen resultado, establecer el criterio de selección de los individuos a estudiar.

La *historia oral* pone al descubierto la lógica en acción de algunos comportamientos; la información oral debe permitir un análisis del hecho histórico, educativo o social, tal como ha sido vivido y practicado por los actores de la escuela o de la sociedad.

Para Bernabé Saravia:

La relación entre quien narra su vida y quien la recoge para su análisis, es siempre difícil o al menos compleja; referirnos a la narración de historias de vida y a la relación que creemos, conduce a reflexionar sobre qué tipos de sujetos se construyen con ellas.

La *historia de vida*, nos dice Franco Ferraroti, no debe ser utilizada ni como complemento, ni como comprobación de otras metodologías, puesto que ella en sí misma es una representación metodológica, pertinente del objeto de estudio al cual nos hemos dedicado.

Su técnica es la entrevista, al hacerlo seguimos una de las prácticas de los primeros investigadores; pero la posibilidad de grabar nos fuerza a abrir un espacio renovador y más difícilmente manipulable, cambiando, además, enfoques hasta ahora inalterables.

La entrevista es una técnica de conversación, por lo general oral, y en donde una parte hace de entrevistador y otra de entrevistado. La finalidad de casi todas es obtener alguna información indispensable en el trabajo científico. Exige conocimiento y pericia, además de una buena visión sociocultural y psicológica. Se presentan casos donde el colaborador puede escribir mas no hablar; se procede, entonces, a aceptar un escrito en lugar de una grabación.

La entrevista requiere de un trabajo previo, de una preparación básica en la cual el investigador debe dotarse de la información fundamental, pero también, si le es posible, tener conocimiento de algunos detalles, no solo del tema sino de la persona en sí. El carácter difícil, el enojo con la vida misma, el no querer atender a desconocidos, es otra característica a salvar. Una galantería o una ternura para empezar, es paso grande para ser aceptado.

Este regreso del investigador a la entrevista, nos acerca a muchas otras disciplinas y da una nueva dimensión a los archivos, que influyen a la vez en los proyectos científicos.

Dominique Aarón nos revela que:

Realizar una entrevista es quizás todo un arte, es en todo caso una práctica que se educa por el trabajo y la experiencia; la entrevista no debe ser únicamente de carácter verbal, es decir, el entrevistador no sólo debe recoger los aspectos verbales, debe también acompañarse de observaciones sobre las expresiones, los movimientos involuntarios, las costumbres, el cuadro de vida, las maneras, los comportamientos reales que pueden afirmar o modular la propia información que se ha tenido.

Entre los riesgos que podemos encontrar están la falta de información sobre el tema, la región, la institución, el pueblo, la personalidad del informante, distorsión por cualquiera de las partes, terminología o uso inapropiado del vocabulario, posición previa del entrevistador y actitud del investigador, entre otras.

Cabe señalar que el uso de la grabadora, el dictáfono y –en los últimos años– el vídeo, cuando existe un pasado cercano, como en el caso de nuestros pueblos o comunidades, es cada vez más amplio y vital para los profesionales, especialmente entre los investigadores regionales, educadores, historiadores, sociólogos y antropólogos, quienes, apoyados en estos instrumentos, han logrado construir y reconstruir no solo hechos históricos, sino vidas familiares, biografías, evoluciones y desarrollo de comunidades nuevas y de comarcas, entre otras situaciones.

Como hemos anotado, la historia oral no es el único método empleado para los objetivos planteados en un proyecto, pero sí enriquece un trabajo, fuentes primarias que nos enseñan la parte humana y social de cualquier tipo de investigación y que nos muestran, además, la importancia de esta opción metodológica.

Cuando conocemos acerca de una investigación histórica, la mayoría de veces ignoramos todo el camino realizado para llevarla a cabo, y el valor metodológico para enseñar o transmitir no solo los motivos o causas que condujeron a determinado hecho histórico, sino asimismo, los obstáculos, los sinsabores, las satisfacciones y, además, qué modelo de enseñanza y aprendizaje nos ha dejado un proyecto, propuesta o pesquisa.

¿Cómo saber qué se debe investigar, a quién solicitar el apoyo económico, por dónde empezar y qué elementos serán necesarios para el éxito, sin olvidar la parte científica, sus etapas, etcétera? No pretendo dictar un curso de metodología de la investigación histórica, eso lo encontramos en cualquier texto escrito para tal fin.

Quiero compartir una experiencia metodológica que duró un año y que culminó con la presentación de un trabajo a nivel internacional titulado *Enseñanza y aprendizaje de las primeras letras a través de sus protagonistas, Colombia 1930-1940*, expuesto en el *vii Congreso Internacional de Historia Oral. Las voces de la Historia en el nuevo siglo*, en la Universidad de Guanajuato, México.

Una experiencia que nos permite conocer y enseñar en el aula un hecho histórico, cuyos protagonistas fueron adultos en plenitud. Para este estudio se entrevistó a 46 mayores de zonas rurales y urbanas de municipios, desde el sur de Colombia hasta las costas caribeñas, y desde el Pacífico hasta la Amazonía y los Llanos Orientales. Ellos nos narraron sus angustias, dificultades, prohibiciones, castigos, premios, materiales, métodos, cómo eran sus maestros y maestras, sus padres, las tareas, los exámenes escritos y orales públicos, los salones, las escuelas, la culminación y la frustración de un futuro incierto, entre otras cotidianidades, alrededor de la escuela en los años treinta y cuarenta del siglo xx.

Cuarenta y seis personajes se convirtieron en actores históricos. Sus edades fluctuaban entre ochenta y noventa años. ¿Quién sabía de ellos?, ¿quiénes eran?, ¿por qué ellos?, ¿en qué momento sus vidas pasaban a ser protagónicas? Muchas preguntas sin respuesta. Cómo indagar al respecto, he ahí el primer cuestionamiento para iniciar un largo recorrido de ires y venires, de contactos, de propuestas hasta encontrar a la persona adecuada que aceptara –y con agrado– colaborar en un proyecto para iniciar la investigación que conduciría a saber qué había pasado en la práctica, en esa etapa, con la enseñanza en nuestro país.

¿Cómo saber sobre ellos? No era tan difícil, pues en las poblaciones pequeñas casi todos se conocen. Una vez localizado el más anciano o la más anciana con disponibilidad, se iniciaban las entrevistas.

Como eran historias de vida, no era obligatorio buscar en documentos y bibliografía sobre el hecho histórico, para el tema específico de la enseñanza de las primeras letras en el aula. Sin embargo, se cotejaron algunos enunciados con documentos que contemplan informes y decretos, más una bibliografía sobre la educación en Colombia. Este trabajo, entonces, permite ver la riqueza de

enseñanza que nos dejan esas voces de aquellos a quienes su entorno solo les permitió aprender a leer y escribir para ganarse un sustento y alcanzar su mayor anhelo: ayudar a sus padres o llegar al matrimonio.

Nuestros interlocutores, ayer niños, hoy abuelos, igualmente comparan los métodos de enseñanza de aquella época con los de la actual: la carencia de instrumentos, de bibliotecas, de materiales, el respeto al maestro, su prestigio, su dignidad y su importancia en la sociedad, con los elementos observados a finales del siglo xx o al inicio del xxi.

Asimismo, hacen una crítica al gobierno por las carencias de tipo formativo y que ellos observan en la educación actual con sus hijos y nietos.

Aquellos niños del ayer fueron una muestra representativa de un período, a veces olvidado, pero que nos dejó grandes herencias. Ahora, pregunto, ¿qué tan dispuesto está un investigador a utilizar cualquier medio de transporte con el fin de llevar a feliz término un encuentro, una entrevista?, ¿qué tan preparado psicológicamente está, para escuchar sucesos dolorosos?, ¿qué hacer con los silencios, con el llanto, con la angustia de quienes recuerdan solo lo más triste y menos llevadero de su existencia?, ¿qué debemos o nos vemos forzados a censurar y por qué?

De esta sola investigación podríamos compartir decenas de encuentros, de datos, en una palabra, de historias, como docentes con nuestros alumnos o como investigadores con nuestros colegas.

¿Cómo llevar lo anterior al aula? Además del método, el escuchar la cinta magnetofónica o la grabación, por parte de estudiantes y estudiosos, invita a mirar otras formas de aprender e interpretar, por medio de unas historias de vida, de historias temáticas, cómo se ha vivido una época, un momento. Cómo hablan otros, cómo sintieron una experiencia, cómo la vivieron, cómo se compara con la historia escrita, la oficial. ¿No creen que sea una experiencia trascendental, atrayente y seductora?

Igualmente, estimula a jóvenes investigadores a indagar en su entorno, nuestros abuelos, bisabuelos, quienes están a nuestro lado cargados de vivencias esperando a quien transmitirles, incluso vecinos u otros parientes. ¿Cómo ignorar su valor histórico?

Para terminar, citaremos al Padre Alfonso Borrero, sacerdote jesuita, estudioso de la vida de la Universidad, quien nos decía que la investigación es un acto sencillo de la mente humana, un proceso largo que exige paciencia y tenacidad, proceso lento de reflexión de la inteligencia; si este no se interrumpe, la idea brillante puede llegar y a las ideas brillantes no hay que culparlas por llegar tarde.

Como actores históricos o como investigadores sociales aprendemos para la vida y enseñamos en la academia.